

REFORMA SIGLO XXI

Lost in time

■ Carlos Gerardo Castillo Alvarado*

*He visto cosas que ustedes no creerían.
Naves de ataque en llamas, en el hombro de Orión.
Vi brillar rayos C en la oscuridad, cerca de la Puerta Tannhäuser.
Todos esos momentos se perderán en el tiempo
como lágrimas en la lluvia ...
Tiempo de morir.*

(Diálogo final del personaje Roy Batty en *Bladerunner*, del director Ridley Scott, 1982)

Cualquier sobresalto de la razón sería en este preciso momento algo común, puesto que la vida se te fuga lento, como arena seca entre los dedos. Nos resulta imposible conocer la fecha de nuestro deceso, pero a ti ese dato se te ha mostrado con brutal evidencia; ya no existe un día más, ni un minuto, ni un segundo. Es ahora, *goodbye*.

Tu cuerpo yace inerte, mal recostado en la cama de un viejo motel de la zona norte de Monterrey. Afuera la lluvia es copiosa, el furioso viento arremete contra cualquier superficie que se le anteponga. Es miércoles 12 de octubre de 2020, 18:45 horas. El veneno actuó, sin embargo, de alguna forma resististe para llegar a esta pieza después de cumplir tu cometido. Junto a ti se encuentra Berenice, inmóvil pero aún viva; el agua de lluvia que la bañó por completo, empieza a escurrir por la punta de sus delicados pies desnudos, que cuelgan en la cama. Boca abajo, su cara muestra una mueca de dolor, más que todo emocional. Refleja en su tristeza la sensación de irremediable pérdida. Quién podrá saber si despertará más adelante, quizá te siga en el viaje que hace unos minutos emprendiste.

En el bolsillo del saco no se encuentra el pequeño paquete, su contenido por fin ha sido destruido; con tu vida has pagado este hecho... Pero ¿habrá valido la pena?, ¿qué hubiera pasado si jamás te hubieras encontrado con Berenice en el centro internacional de

negocios esa tarde grisácea de octubre que ahora se diluye en el tiempo? ¿Tendrás tiempo para responder, Rogelio?

Su sueldo quincenal se había agotado, pero recordó que en Cintermex había un comedor industrial donde la compañía para la que laboraba brindaba esa prestación. Rara vez había ido ahí durante el tiempo que llevaba en la fábrica de vidrio, subdivisión de un corporativo, para la cual laboraba como contador, pero ahora aprovecharía sólo por romper la rutina. Gozaba de dos horas para la comida del mediodía, tiempo para ir y regresar sin apuro. En el lugar, se decidió sólo por un guiso y una botella de un cuarto de vino tinto, un privilegio que no muchos trabajadores disfrutaban. Quería relajarse antes de regresar al trabajo. Fue entonces que vio entrar a esa mujer que lidiaba por parecer ecuánime. La desesperación se le salía con discreción por los ojos, pero su cuerpo mantenía una postura correcta de cadencioso movimiento, que permitía admirarla sin reparar en otros detalles.

Se sentó próxima a él, sólo ellos dos ocupaban uno de los extremos de la larga mesa. Sin que él lo notara, la mujer lo observó con detalle por varios minutos, antes de acercarse y hablarle con voz decidida, pero serena. De inmediato él se sintió cohibido, su espesa y rizada melena negra y sus rasgos mediterráneos lo cautivaron de inmediato. Tendió su mano para entregársela, presentándose sólo con su nombre: Berenice. Luego él le correspondió el saludo identificándose de igual manera: Rogelio.

* Licenciado en Pedagogía y Master en Enseñanza de Español y de Ciencias Sociales por la Facultad de Filosofía y Letras de la UANL. Colaborador de *Reforma Siglo XXI* en los años comprendidos de 2009 a 2015. Autor del libro de cuentos titulado *El enorme pez azul*.

Berenice no anduvo con rodeos, le dijo que necesitaba ayuda en el acto. Rogelio no alcanzó a reparar qué fue lo que le excitó más, si su armoniosa persona o su arrojo, pero dentro de su asombro le otorgó la más amable de sus atenciones. Ella le mencionó que tenía poco de haber llegado a Monterrey, que no conocía la ciudad; tenía un acento extraño, no sonaba a extranjera, tal vez era mexicana, pero con arraigo en otro país. Necesitaba resguardarse por unas horas en algún lugar que no llamara la atención, por lo que al verlo con atuendo y actitud de empleado de oficina, como lo supuso, pensó que sería una buena opción pedirle le hiciera el favor de llevarla con él. Berenice no dio mayores explicaciones, y Rogelio tampoco las pidió.

Le mencionó que su oficina no se encontraba tan retirada del lugar donde se estaban y que después de tomar los alimentos la llevaría con él. Le preguntó si quería comer o tomar algo, pero Berenice dijo no tener hambre; sólo tomó de la botella de tinto, la vació en un vaso de plástico y le dio un prolongado trago. Rogelio decidió dejar inconclusa su comida, aunque la chica no lo apuró, para sacarla del lugar; ella le extendió con una discreta sonrisa. Salieron de ahí, Berenice, con cautela tomó la mano de Rogelio para continuar avanzando hacia la avenida. Él sintió su firme agarre. Abordaron un taxi para dirigirse hacia el lugar de trabajo, durante el trayecto no hablaron, pues ella pidió con disimulo no conversar en presencia del chofer.

Descendieron en Zuazua y Raymundo Jardón para dirigirse a un edificio de oficinas próximo, donde subieron al quinto piso; ahí la oficina ocupaba un discreto espacio. Se encontraba lejos del corporativo, pero cerca de las oficinas gubernamentales. En el lugar laboraban poca gente, separada en cubículos, así que no llamaría mucho la atención la presencia de Berenice. Le ofreció asiento y ella se acercó para indicarle con señas que le hablaría al oído. Él aceptó el juego, como parte de esa inusual circunstancia e interés que le estaba despertando ella.

Cerca de Rogelio, con voz tenue, Berenice le mencionó el motivo de su extraño proceder: Había hurtado un pequeño paquete de peculiar contenido, con el propósito de destruirlo para salvar al planeta Tierra y a la humanidad. Su condición de mujer común, le había conferido cierta ventaja, pues las personas relacionadas con el propósito del paquete no hubieran imaginado que alguien así pudiera

robarlo, por tal motivo tenía algunas horas de ventaja, aunque sus probables perseguidores habrían de rastrearla tarde o temprano. De cualquier manera, algo extraño obraba, si se consideraba lo que traía consigo, porque fue dispuesto en un simple estuche de cartón forrado con plástico. No podía dar más detalles de cómo supo de la existencia del paquete que ahora poseía, lo que importaba era destruirlo en el anonimato, y desaparecer.

Rogelio no daba crédito a lo que escuchaba: Una hermosa mujer, salida de la nada, lo había abordado para pedirle refugio con la intención de concretar el cometido de destruir una amenaza para el planeta. Pensó por un momento que se trataba de una broma, o que la mujer estaba contrariada. Sin embargo, había algo que le indicaba lo contrario: Su mirada, sus ojos verdes oscuro, mostraban determinación, entereza, y por qué no admitirlo, verdad. Esto le heló la sangre, pero también lo invitó a proseguir.

Dentro de la extraña lógica que marchaban los eventos, surgía la pregunta acerca de la manera en que podría destruirse el contenido del paquete. Berenice respondió de inmediato: con fuego. Es un elemento básico universal, que significa inicio y fin, todo lo purifica o lo destruye. Tendrían que buscar un lugar donde emplearan gran volumen de fuego para algún proceso de producción. Había recordado que su única tía hablaba que de niña había vivido en Monterrey, donde existía una empresa de fundición enorme, así que al recordar esto, su primer impulso fue venir acá, una vez que se apoderó del singular paquete. Rogelio permaneció en silencio unos segundos una vez que ella terminó de hablar, para decirle que la industria que mencionaba, había dejado de operar hacía tiempo; sin embargo, él laboraba en el departamento contable de una importante fábrica de vidrio, así que era probable tener acceso a alguno de los hornos industriales. Berenice dejó escapar un enorme suspiro, y estrechó con suavidad la mano derecha de su joven cómplice.

No obstante, le mencionó que no podrían acudir a la fábrica sino hasta el próximo día, miércoles, pues tenía que hacer algunas llamadas para justificar la visita, luego localizar a conocidos suyos que le facilitaran llegar hasta alguno de los hornos y destruir el paquete; a ella le pareció justa la explicación. Gobernado por la curiosidad, Rogelio le señaló que para tal efecto de destrucción debía

conocer el contenido, su forma, tamaño y color, con el fin de introducirlo en el horno sin ser notado, pero Berenice le dijo que eso no era posible, que no le pidiera revelar esos detalles.

La tarde transcurrió sin novedad, cuando llegó la hora de salida, decidieron ir a cenar y buscar un lugar para pernoctar que no fuera el domicilio de Rogelio. Berenice comentó que le deseaba permanecer atenta ante la posible presencia de algún perseguidor. Mencionó que por esa razón sería prudente no pasar la noche en ningún domicilio personal, además no quería generar mayor incomodidad, por lo que hacerlo en algún hotel discreto parecía la mejor opción. Rogelio refirió que conocía un lugar, hacia el norte de la ciudad, donde se hospedaban técnicos fuereños que trabajaban en la fábrica de vidrio; se podría decir que no era un lugar para gente importante, pero sí limpio y seguro. No obstante, le inquietaba el hecho de dejar a la joven mujer sola, pero apenas lo expresó cuando ella de inmediato respondió que la acompañara, él sonrió. Sólo agregó que recogería de su apartamento un cambio de ropa y otro traje. Ella reposó su cabeza en el hombro de Rogelio como muestra de agradecimiento.

Después de pasar por el lugar de Rogelio, hicieron una parada para conseguir ropa para Berenice y algunos artículos de higiene personal. Luego, cenaron en una concurrida fonda. Durante la comida, ella permaneció serena, aunque atenta a los detalles del lugar, de los meseros y comensales. Con moderación se cercioraba de la presencia del paquete —que no tendría mayor tamaño que el de una cajetilla de cigarrillos— en la parte interior del suéter que traía, donde había dispuesto un bolsillo oculto. Rogelio quiso preguntarle acerca de su origen, lugar de nacimiento, familia, entre otros datos, pero no se atrevió, así que dejó que ella contara lo que considerara pertinente. Por fortuna, empezó a platicarle algo acerca de sus raíces y demás: hija de padre francés y madre mexicana, había alternado su vida en ambos países, pero no aprendió español sino hasta entrar a la adolescencia, dado que su madre había fallecido cuando ella tenía tres años de edad. Su madre había tomado para ella el nombre de su abuela. Su padre, quien en su momento fue próspero, había caído en bancarrota, por lo que prefirió que Berenice regresara a México, donde vivía su único familiar: una prima hermana de su madre. Concluyó el bachillerato, pero no una carrera de ingeniería química, pues el deceso inesperado

de su tía la obligó a buscar trabajo, encontrándolo como auxiliar de procesos en una fábrica de medicamentos. En este lugar conoció a un hombre que le propuso matrimonio. Ella accedió a casarse con su jefe, dueño de la fábrica, más que por amor, por agradecimiento, pero esta unión se interrumpió con la presencia de un hecho singular: la aparición del misterioso contenido del paquete que portaba.

Su prometido, el doctor Joaquín Loera, había egresado de un posgrado en bioquímica en una prestigiosa universidad norteamericana. Con su *alma mater* guardaba una celosa relación, abierta en lo filantrópico, pero oculta en lo científico experimental. La empresa que había creado prestaba servicios a dicha institución, misma que a su vez lo hacía en secreto con su gobierno. El doctor mantenía contacto estrecho con científicos, de tal manera que en cierta ocasión se enteró de un hallazgo singular en un área arqueológica prehispánica recién descubierta en el estado de Guerrero. Dentro de una mediana pirámide, atribuida a los mayas, habían encontrado lo que parecía una nave espacial de comprimidas dimensiones. Estaba casi intacta, en su interior no encontraron vestigios de sus ocupantes, sólo, dentro de un compartimento, un extraño dispositivo que asemejaba una placa de circuito integrado con indescriptibles interconexiones.

Este adminículo le fue confiado al doctor Loera como jefe de investigadores mexicanos, para realizar su análisis e indagar su constitución y probable origen; el resultado fue por demás inverosímil: estaba constituido en parte de carbono, elemento químico que al parecer existe en lo que conocemos como universo, pero el resto estaba formado de elementos desconocidos. Por accidente, al realizar cierto análisis descubrieron su función: depositado en agua, reducía ésta a su mínima expresión molecular, para transformarla en información almacenada en su interior; luego podía revertirse el proceso. Quizá los moradores de ese vehículo interestelar vinieron hace centurias a recoger el vital líquido de nuestro planeta (o algún otro elemento, pues parecía que el dispositivo no sólo tenía ese propósito) pero por alguna causa desaparecieron, no sin antes tratar de salvaguardar su tecnología para futuros visitantes. De inmediato, el dispositivo despertó interés entre científicos; su utilidad resolvería el problema de llevar agua adonde fuese necesario, encontrándola en depósitos subterráneos y llevándola a zonas áridas para desarrollar campos de cultivo y de

cría de ganado; pero en manos de militares, este artefacto podía convertirse en una devastadora arma de guerra, la cual podría agotar los suministros del enemigo, de fuerzas castrenses pero también de la población civil. Con este artefacto, los poderosos podrían adueñarse del agua para conferirle a su volumen precios desorbitados y así establecer un nuevo orden económico a su conveniencia. El gobierno norteamericano había logrado convencer al mexicano de resguardar el dispositivo a cambio de compartir otra tecnología alienígena que mantenían en secreto.

Berenice era un alma noble que generó un enorme sentimiento de amor en el doctor Loera, quien no tuvo reparo en confiarle de forma paulatina y discreta algo de esta información, sin pensar que ella podría aventurarse a sustraer el dispositivo. La pareja llevaba más una relación de cordialidad, él la veía más de manera paternalista que sentimental, quizá por la marcada diferencia de edades. Al enterarse de la función del dispositivo extraterrestre y de los posibles usos mezquinos, Berenice trató de indagar la mayor información posible acerca de su destino; así que, cierto día, después de un trance amoroso, ella pudo obtener información esencial.

Supo que el gobierno norteamericano custodiaría el objeto a toda costa, pero sólo a partir de recibirlo en su territorio. Para evitar llamar la atención, el dispositivo sería transportado hasta aquel país de manera común, sin buscar llamar la atención, así que se haría en un paquete de cartón forrado con papel plástico amortiguador. El paquete ya estaba listo, dentro del cajón de su ropa interior, lo pondría dentro del bolsillo interno de su saco, para salir rumbo a la frontera lo antes posible. En la ciudad de Reynosa, Tamaulipas lo entregaría a agentes del gobierno de aquel país, quienes se desplazarían de McAllen, Texas hacia un destino no revelado.

El doctor Loera, agotado, yacía dormido mientras Berenice reunía la mayor cantidad de dinero posible, con el propósito de salir cuanto antes con el paquete a otro lugar lejano de la Ciudad de México. En su apuro, pensaba cómo destruirlo, así que lo primero en que reparó fue un fuego intenso. Recordó de su infancia un comentario de su tía Marcela, quien le mencionó que en Monterrey había llamas de hornos que ardían día y noche. Decidió no cargar equipaje, había tomado dinero para el viaje de un depósito en la habitación del doctor. Presta

salió, ya en su apartamento se ajustó un suéter que tenía un bolsillo interno con cierre. Lista, entrada la madrugada, abordó un autobús para dirigirse a la capital de Nuevo León; sólo entonces, después de haber experimentado el paroxismo de esta incierta aventura, empezó a llorar. Sentía tristeza por la magnitud perniciosa del hallazgo, por el potencial uso fatídico del dispositivo, pero más por su condición personal, pues estando a punto de la estabilidad, bajo el cuidado y amor de un hombre en apariencia bueno, otra vez su vida sufría un revés doloroso. En el autobús lloró en silencio; deseaba que el tiempo de traslado pasara rápido. De cierta manera así fue, al mediodía había llegado a su destino. En la estación de autobuses, averiguó que en el Parque Fundidora se encontraban los hornos de fundición de acero, pero en su emoción, no advirtió que más de una persona le dijo que ya no estaban en operación, pues aquella fábrica metalúrgica, ahora era un parque recreativo. Cuando reparó en lo anterior, en su desesperación de introdujo al Centro Internacional de Negocios, ubicado en el mismo lugar, donde fue a dar con Rogelio por, ¿casualidad?

Rogelio escuchó con atención todo lo que Berenice le contó, sintió una insospechada pena cuando mencionó su relación con el doctor Loera. De hecho, vino a instalarse en su pensamiento esa incomodidad mientras duró su relato, más allá de que si la información era tan reveladora como desconcertante acerca del dispositivo. Berenice se había plantado en su cabeza de forma inevitable. Las horas pasaron sin que lo notaran siquiera de que al final del relato, ambos yacían en la misma cama del hotel, y se quedaron próximo uno cerca del otro. Durante el sueño, Rogelio concibió a Berenice como una novia provinciana, y a sí mismo como un lozano pastor de ovejas en la inmensa llanura de un paese onírico. Ella era su prometida, hecho que reiteraba su hombría. Cuando notó que en lugar de ovejas pastoreaba unas extrañas criaturas bípedas, se interrumpió su fantasía, y despertó de forma brusca. Para entonces, Berenice ya se había duchado, pero había dejado la puerta del cuarto de baño entreabierto, lo que le permitió observarla semidesnuda. Aborto, en silencio siguió cada uno de sus movimientos hasta que un leve movimiento cerró la puerta con lentitud.

Una vez que ambos estuvieron listos para salir, llamó a la oficina para reportar que pasaría a la fábrica por unos archivos necesarios para trabajar durante

el día. Si le creían o no poco importaba, ayudar a Berenice justificaba incluso que lo despidieran. Abordaron un taxi no sin antes tomar café de una máquina en la recepción del hotel. Soplaban un viento fresco en el exterior, el cielo cargado de nubes prometía que llovería en cualquier momento. Durante el trayecto, tal como lo habían hecho antes, no se dirigieron la palabra, por seguridad.

Descendieron unos cuantos metros antes de la entrada; Berenice volteaba con discreción alrededor en búsqueda de algo anormal. Quiso Rogelio tomarla de la mano, pero cuando estuvo a punto de hacerlo, uno de los guardias de la entrada lo reconoció. Rápido él informó que recogería cierta información; identificó a su acompañante como una ex compañera de estudios. El guardia pasó por alto la explicación, pues de inmediato se dedicó a observar a la joven sin exigirle una identificación oficial para registrarse, situación que aprovechó Rogelio para dirigirse hacia el interior de la fábrica junto con ella sin decir más. En el trayecto, le explicó a Berenice que sería mejor lo esperara en el interior del Museo del Vidrio, un recinto dedicado a la historia de la centenaria fábrica, que se encontraba en las amplias instalaciones, mientras él hacía algunos ajustes para tener acceso al área de hornos. Conocía a varios operarios, por lo que quizá no tendría problema alguno; mientras algún horno no estuviera en proceso de fabricación, alguien de su confianza podría destruir el paquete. El asunto era poder aproximarse lo necesario al fuego, sin dañarse ni llamar la atención, para destruir el contenido.

Sin embargo, cuando se dirigían a esa área, uno de los guardias de la entrada lo alcanzó para notificarle que debería presentarse de inmediato con su superior. Durante todo el camino, no sin antes dejar a Berenice en el museo, Rogelio había elaborado una coartada, así que pensó que sólo le tomaría unos minutos zafarse para seguir con el plan. Al entrar a la oficina del jefe, un individuo de aspecto fornido e impecable se encontraba junto a él, situación que le inquietó de inmediato. Su jefe, con una chocante familiaridad introdujo al extraño, a quien identificó sólo como "Mister Spitz", nombre que pareció tan ridículo como falso; se suponía que era un agente supervisor norteamericano, vinculado a la fabricación del vidrio. Se suponía que el tipo visitaba industrias mexicanas en la frontera con su país para proponer posibles acuerdos mutuos de intercambio de tecnología y de procesos de manufactura. Al

igual que su nombre, parecía ilusoria esta supuesta función del —a todas luces— Big Brother. Rogelio pensó de inmediato que en efecto se trataba de gente del gobierno norteamericano, quien ya había localizado tanto a Berenice como al paquete. Mr. Spitz se mostró sereno, sin mostrar emoción extendió su corpulento brazo para estrechar la mano, al tiempo que se presentaba, con una frase común sin acento sajón. El jefe, con amplia sonrisa cínica comentó que le había dicho a Mr. Spitz que Rogelio hablaba inglés de manera fluida, por lo que lo dejaba en su cargo para que lo auxiliara en lo que necesitara. El contador aceptó sin remedio, sin alarmarse por ser requerido para una tarea alejada de su perfil, mientras se zafaba de la mano del extraño a la vez que observaba sus fríos ojos azules.

Pensó de inmediato cómo distraer al extraño para poder llegar con Berenice y advertirle de su amenazadora presencia. Sin considerar la petición de buen trato que solicitó su jefe, se dirigió a Mr. Spitz en español, para explicarle que debía atender un asunto antes de dedicarle tiempo a la presentación de la planta. El norteamericano le respondió que podía esperar el tiempo necesario, pues lo que le interesaba tratar era rutinario. Rogelio le pidió que esperara en el área de descanso de los ejecutivos, pero él le dijo que en cuanto tuviera el paquete en su poder se retiraría. De inmediato todo quedó en silencio, estado de estupor que aprovechó Mr. Spitz para tomarlo del brazo, y acentuar su fría y azul mirada. Rogelio se dio cuenta que no era posible zafarse, pues el extraño le aplicaba una llave que le infligió un dolor intenso alrededor de la nuca y espalda superior. Pese al sufrimiento, Rogelio pensó cómo proteger a Berenice.

— ¿Dónde se encuentra la señorita Berenice? —le preguntó con calma Mr. Spitz, mientras que Rogelio lo miraba en silencio, pero el dolor empezaba a aumentar, así que abrió la boca para decir algo sin pensar: —En la ducha—.

— ¿Cómo va a encontrarse en la ducha? ¿Qué disparate es ése? —mencionó Mr. Spitz sin imprimir emoción en sus frases.

— ¡Sí, en la ducha! Se sintió mal y vomitó, se manchó el vestido. Entró a limpiarse al vestidor de las operarias —prosiguió Rogelio.

El corpulento tipo le dijo que no cometiera tonterías y así nadie saldría perjudicado, mientras ambos se dirigían hacia el lugar que refirió. Mr. Spitz, esbozó una amplia sonrisa, deambuló por el lugar, sin soltarlo; sólo se toparon con algunas expresiones de sorpresa de las mujeres que ahí se encontraban, que no repararon en molestia mayor.

Al salir del lugar, Mr. Spitz incrementó la tensión de la llave, que empezó a recorrer la espalda de su sometido con un calambre que llegó hasta los hombros. Apenas iba a articular una frase el norteamericano cuando apareció Berenice, serena (y por qué no mencionarlo), hermosa. Con aparente frialdad, aunque temerosa por la escena, Berenice le dijo que ya había destruido el contenido del paquete: que se había mostrado ingenua con los operarios del área de hornos, quienes le permitieron acercarse al área con el pretexto de mostrársela, y en un descuido aprovechó para lanzar el paquete al interior de uno de los hornos.

—No sea infantil, señorita Berenice, el paquete aún se encuentra por aquí, más vale que me lo entregue de inmediato, así terminará este áspero encuentro — mencionó Mr. Spitz.

—En el área de descanso de los operarios, detrás de un bote de basura, ahí lo dejé. Vamos allá para entregárselo, pero por favor no nos lastime — mencionó turbada. De inmediato el hostil individuo dejó que caminaran delante de él para seguirlos con sigilo por el parque interno que dividía las diferentes áreas de la planta.

Rogelio pensó si sería verdad lo que mencionó Berenice acerca de la destrucción, o si llevaba el paquete o lo había dejado por ahí. Quizá en efecto pudo entrar al área de fundición, pero ahí no la hubieran dejado aproximarse, dadas las normas de seguridad. Antes de seguir tratando de indagar qué había pasado, pensaba qué podría hacer, o quién vendría a su auxilio. Con seguridad en el interior y exterior de la planta habría otros agentes de incógnitos aguardando el momento oportuno para intervenir. Cavilaba en esto cuando volteó hacia atrás para encarar a Mr. Spitz, pero para su sorpresa el agente cayó de tajo al suelo por el certero disparo del arma de otro personaje, quien con sigilo se acercó a la pareja para tomar el cuerpo del norteamericano y ocultarlo. Todo esto había sucedido flanqueado por la espesura de los árboles, por lo que pasó desapercibido.

—Rápido, salgamos de aquí. Este lugar pronto se llenará de los compañeros del gringo — advirtió con serenidad el desconocido personaje, un hombre de tez morena, complexión corpulenta, con acento mexicano del norte, que vestía como obrero—. Soy Ramírez, más vale que me hagan caso; este asunto del contenido del paquete es más delicado de lo que ustedes imaginan; no deben confiar en nadie más, hagan lo que les digo y no saldrán lastimados. Nosotros somos “los buenos”, je, je — mencionó con claridad mientras acomodaba el cuerpo flácido, pero pesado, de Mr. Spitz detrás de las filas de árboles del corredor.

— ¿Y el doctor Loera? — preguntó Berenice inquieta.

—Más vale que se olvide de él por ahora, señorita... ¡Vámonos! — mencionó Ramírez, mientras la chica no podía ocultar su congoja; mientras se desplazaba junto a sus acompañantes, dejó escapar un sordo sollozo por su ausencia.

Los eventos se sucedían como en una vorágine, apenas se podía evaluar lo que estaba pasando: ¿Quién diablos era Ramírez? ¿Agente de inteligencia mexicana? ¿Por qué le dijo que olvidara al doctor Loera? Poco tiempo tuvo Rogelio para plantearse esas dudas, ya que de inmediato se dispusieron a abordar un automóvil modelo tipo deportivo. En el interior, Ramírez ocupó el sitio del conductor, Rogelio el del copiloto y Berenice se acomodó en el asiento trasero. Ramírez tomó una especie de pistola con una pantalla pequeña, colocó su cañón en el cuello de la chica y accionó dos veces del gatillo. Se hizo un breve pero intenso silencio, que rompió la burlona carcajada de Ramírez. Rogelio ya no supo qué decir ni hacer. Ramírez había nulificado cualquier dispositivo de rastreo que llevara en su interior. Los jóvenes no tenían cabeza para pensar cuándo le habían colocado a Berenice. Al tiempo, Ramírez hacía lo propio con Rogelio, quien de manera mecánica dispuso su cuello; el tipo luego dijo: —Uno nunca sabe— y volvió a reír.

Ramírez enfiló hacia la carretera a Saltillo, con el propósito de tomar la autopista que los llevaría a la Ciudad de México; explicó esto al principio, para luego agregar que, en algún punto de la autopista, aún no revelado, los alcanzaría un helicóptero que les facilitaría el acceso a su destino. Desde su lugar, Berenice preguntó a Ramírez acerca de la suerte que correrían ella, Rogelio, el paquete y su contenido.

—No se preocupe señorita, los pondremos a salvo, a usted y al joven; tal vez tengan que pasar una buena temporada de incógnitos, pero con toda seguridad estarán bien. En cuanto al contenido del paquete, sólo le puedo mencionar que en definitiva no parará en manos equivocadas; ya le encontraremos un buen uso en nuestro país —contestó el singular personaje.

—Pero, ¿quién es usted? ¿A quién representa a dónde pertenece? ¿Esto es una acción del gobierno? —le inquirió Berenice un tanto irritada. Ramírez alzó un poco la voz, la miró a través del retrovisor: —Somos lo que tenemos que ser señorita. Valore que están vivos, que hacemos lo posible para que sigan así. Los invito a que asuman esta situación y dejen de cuestionarme, de lo contrario haremos un cambio radical de su situación para evitar que se conviertan en un obstáculo —mencionó el tipo sereno, pero con hostilidad.

De inmediato Rogelio giró su torso para tomarle la mano a Berenice. Ella agradeció el gesto, luego dirigió su vista a un punto lejano en el horizonte mientras murmuraba refiriéndose al extraño dispositivo: —Ustedes no le darán tampoco un uso benéfico, van a lucrar con él, al final siempre será así—. Ramírez los observó de nuevo, arqueó la ceja de forma amenazadora; ellos sintieron que sus vidas corrían peligro. En ese momento aparecieron dos helicópteros a discreta distancia del pequeño vehículo, se posicionaron uno detrás, otro por delante. Con toco disimulo Berenice señaló ambas aeronaves, Rogelio apenas los notó cuando el conductor dio un brusco giro para adentrarse en una brecha, la carretera, de manera inexplicable se encontraba despejada. Del helicóptero que estaba por delante aterrizó, descendieron tres individuos vestidos de negro. Ramírez se dirigió a los jóvenes, les advirtió que no hicieran algo estúpido, luego habló con los sujetos; uno de éstos, en cuanto tuvo oportunidad sacó un dispositivo que accionó con rapidez en la nuca de Ramírez, para luego indicarle que los dejara con los jóvenes y abordara el otro vehículo aéreo. Aquel helicóptero aterrizó, de él bajaron dos individuos vestidos de militares y uno de civil, que se dirigieron hacia ellos.

— ¿Doctor Loera? —pensó Rogelio al ver a uno de los individuos, sin haber tenido referencia de su persona; Berenice obnubilada exclamó: ¡Joaquín! —Rogelio, Berenice, por favor síganme —dijo el doctor, indicándoles a señas que se dirigieran al helicóptero

de donde bajó. Sin mostrar mayor resistencia, ambos jóvenes subieron a la aeronave junto con el doctor y los militares; los dos helicópteros se retiraron del lugar.

Dentro de la cabina, no se podía hablar a menos que con auriculares, que no les fueron proporcionados a los nuevos pasajeros. Mientras que el resto de los tripulantes se comunicaban, tanto Berenice como Rogelio acumulaban preguntas y argumentos para un próximo momento, que llegaría tiempo después. Por lo pronto, con gentileza fueron vendados con antifaces, a lo que accedieron con resignación.

Cuando aterrizaron de nuevo, aún vendados fueron transportados a un lugar del cual los sobresaltó su silencio. Berenice intentó esbozar alguna frase para el doctor Loera, pero éste tomó la palabra: —Sé que te sorprende Berenice, todo hubiera parecido indicar que yo estaría muerto. No entraré en justificaciones éticas, sólo quiero decirles que este dispositivo quedará en mejores manos con los norteamericanos. Amo a México —luego suspiró—, pero por desgracia la corrupción afecta toda actividad política y científica. Nuestros vecinos por lo menos tienen la visión clara de un mundo libre, sin abusos de poder —concluyó, pero sin sonar convencido de lo que había expresado.

Berenice intentó de nuevo mencionar algo, pero Rogelio se adelantó con arrojo: —Eso ni usted lo cree, doctor. Mejor díganos que los gringos le llegaron al precio ofreciéndole una vida libre de mortificaciones para continuar la actividad científica en su país—. Loera hizo un gesto de insatisfacción, luego se quedó callado. Una lágrima espesa logró escapar del antifaz de Berenice.

Antes de retirarles el vendaje, el doctor Loera ofreció a los jóvenes disolver una pastilla en sus bocas; al no tener otra opción ambos lo hicieron. Mientras se relajaban, Rogelio centró su vista en el rostro de Berenice, como quien desea llevarse una última bella imagen de esta vida; luego se desplomó.

Cuando despertó, se encontraba en una habitación blanca, sin ventanas, sólo una vía de acceso, acondicionada con lo mínimo necesario; estaba recostado en una cama, mientras que Berenice estaba de pie, junto a él. Con ternura, pasó sus delicados dedos por su rostro, y cuando notó que

recobraba el sentido le dijo que habían dispuesto ropa limpia; ella se había cambiado, Rogelio también lo haría, pero conservó su saco, que por alguna razón habían dejado en el lugar. El silencio seguía siendo la circunstancia más notoria.

La única puerta de la habitación se abrió, el doctor Loera entró, pero alcanzaron ver que afuera aguardaban más individuos. A señas les indicó se sentaran en la cama, mientras él tomaba una posición cómoda de pie, a distancia de ellos. Entonces empezó a hablar, tranquilo, con voz moderada; les explicó que se encontraban en un lugar seguro, eso sí, custodiado por fuerzas de seguridad de ambos países; no hacía falta mencionar que se trataba de un lugar secreto, pero sí que estaba situado justo en la línea divisoria fronteriza.

—Hola, espero se encuentren bien. Sé que están inquietos por conocer que ha sucedido desde que Berenice huyó con el paquete, pero no será necesario hablar de eso. Ya estamos aquí y procederemos conforme al bienestar de todos, ¿vale? Ustedes vivirán con comodidad y extremo resguardo por un tiempo prudente, pero al final recuperarán sus vidas, se los garantizo. Lo único que necesitamos a cambio es que ustedes quieran en verdad eso, que no den motivo a alterar este curso de las cosas... — Expresó el doctor Loera como una especie de discurso triunfal de político comprometido con su partido.

Berenice y Rogelio permanecieron en silencio, sin embargo, sus miradas gritaban todo lo que sus gargantas contenían. Después de este episodio de excitación, Berenice, de manera apacible, pero no resignada, mencionó: —Sabes bien que nada volverá a ser igual Joaquín, para nadie. Yo no quiero ser parte de esto, por favor, si todavía me amas, evítalo, déjame ir, aunque sea como sabemos que será... — El doctor bajó la mirada, su cara reflejó un gesto de dolor que de manera inútil quiso guardar. En ese momento, Rogelio intervino:

—Casi no tomo alcohol, y me quedé con ganas de una copa de vino tinto. Estoy con Berenice, para lo que venga. Ya no hay más que decir.

—En un rato más dispondrán para ustedes algunos alimentos, pediré incluyan alguna ración de tinto, algo con discreción; este lugar, bueno, no es... — Dijo con congoja el doctor Loera— A lo que agregó Rogelio:

—Si es posible, pida por favor un Merlot del Valle de Guadalupe— Frase que articuló de manera mecánica mientras de daba cuenta que en el bolsillo interior de su saco había un paquete de cartón no más grande que una cajetilla de cigarrillos. De inmediato fijó su mirada en la del doctor Loera, quien, sin expresión alguna, dio a entender que en efecto se trataba del dispositivo alienígena. Berenice no tardó en notar esta revelación, sintiendo de inmediato un golpe de frío en la nuca.

—En un momento más les traerán de comer; permítame ver si puedo hacer que le sirvan el vino que usted solicita. Berenice, ¿algo en especial que quieras pedir? — ajustó el doctor con gentileza. Ella respondió con nerviosismo:

—Bastará con lo que nos sirvan, gracias. —

Ambos jóvenes intuyeron que el doctor Loera los ayudaría, pero no alcanzaban a distinguir cómo, pues por lo que alcanzaron a ver cuando se abrió la puerta de la habitación, es que había una buena cantidad de guardias bien entrenados con seguridad.

También pensaron en que todo el lugar debería estar vigilado con cámaras. Mientras se encontraban en resolviendo estas inquietudes, se abrió la puerta, por la que fue empujada una mesa con ruedas donde había algunas portadoras de comida, un par de vasos desechables, utensilios de plástico y una botella de vino tinto, ya sin corcho. Desconfiados, abrieron los envases que contenían verduras cocidas y algunos trozos de carne roja a la plancha, con buen aroma. Sin embargo, les llamó la atención la botella de vino: Berenice tomó un vaso y Rogelio empezó a verter el líquido, cuando notaron que había una nota en papel plastificado en el pico; la sacaron con discreción por si eran vigilados, Rogelio leyó algo que estaba escrito: “paquete palma izq, brazo der. sujeta B, piensa lugar seguro, TL transportación, Te amo B”.

Ante lo inverosímil, Rogelio ni siquiera dudó, sacó de su saco el paquete, lo colocó en la palma extendida de su mano izquierda, sujetó a Berenice con firmeza con su brazo derecho y pensó en el cuarto de hotel; ella no leyó la nota, pero supo que era la ayuda que Loera con la mirada prometió, así que se dejó llevar por Rogelio. De inmediato, las paredes blancas de la habitación empezaron a tornarse multicolores, con mucho brillo hasta homogeneizarse en un vórtice negro; cerraron sus ojos. No sintieron

algo en particular, cuando los abrieron de nuevo, al reconocer algunos ruidos ciudadanos, estaban en el hotel, al norte de Monterrey

El doctor Loera había descubierto otras funciones del dispositivo alienígena, pero no las reportó, aquella de la transformación del agua en datos y viceversa acaparó la atención de todos. En efecto, pensaba dejarles esta tecnología a los norteamericanos, aún con el riesgo que implicaba, ante la seguridad de que podría quedar de lado del “bando vencedor”, pero algo sucedió al ver de nuevo a Berenice en aquella blanca habitación, quizá fue el más puro sentimiento de amor que lo hizo cambiar de opinión, amor por la joven, por la humanidad, por su país, por la ciencia. Sabía que iba a ser castigado con severidad, que lo asesinaran quizá era lo menos grave, quizá lo confinarían a un infierno terrenal. No quiso pensar en eso, cerró sus ojos y pensó en los de Berenice...

En la fábrica de vidrio parecía que todo transcurría con normalidad, no se veía a la policía, tomando en cuenta que habían asesinado a un individuo en el interior. Rogelio logró entrar sin contratiempo, lo seguía Berenice; llegaron a la sección de fundición, el calor que emanaba hacia afuera era pronunciado, ni hablar del que había adentro. Rogelio hablaba con un hombre, aunque el ruido de la maquinaria no dejaba escuchar a la chica, aquél individuo hizo una señal pulgar arriba, entonces Rogelio tomó del brazo a Berenice para dirigirse a un área de vestidores, ahí, él se enfundó en un traje de cuerpo completo de seguridad, colocando el pequeño paquete en su mano derecha. Berenice colocó con ternura sus manos en la parte superior del casco y le dio un beso al vidrio protector de la careta. No se sabe qué habrá argumentado Rogelio para acercarse de esa manera a los hornos, pero de alguna manera fue convincente. La compuerta de un horno fue abierta por el sujeto que aprobó la acción, Rogelio, a distancia prudente lo arrojó con fuerza a su interior, la compuerta fue cerrada. No hubo sonidos estrepitosos, ni luces relampagueantes, aquello desconocido se disolvió gentilmente en aquel calor intenso.

Berenice y Rogelio salieron de la fábrica, ambos transpiraban en frío, el corazón les palpitaba a mil latidos por hora, pero por alguna razón, se sentían serenos. Se miraron por un instante, luego, sin pronunciar palabra, se aproximaron a un taxi;

fue Berenice quien le dijo al chofer la referencia del hotel donde habían parado un día antes. Rogelio se acomodó lo mejor posible en el asiento trasero, junto a ella, y cuando decidió relajar su cuerpo, sintió un piquete agudo y frío en el cuello, cerca de la nuca. Por instinto, llevó su mano derecha al área, cuando empezó a notar que su cuerpo lo sentía extraño; Berenice cuando apenas notó esto, le indicó al chofer apurara el paso, pero el individuo detuvo el automóvil, descendió y emprendió la carrera hasta perderse. La chica de inmediato se acercó a revisar a Rogelio, que había perdido el sentido, notó que en su cuello había una ligera coloración, por lo que de alguna manera intuyó le habían disparado o inyectado algo. Una joven que pasaba por el lugar se acercó a la pareja:

— ¿Qué pasa corazón? ¿Qué tiene tu amigo? —

— Mi novio, se puso mal, el chofer se asustó, nos dejó, no sé... — dijo Berenice tratando de no estallar.

— ¡Calma, cálmate! Mira por acá cerca hay un hospital, por Colón, sigues Madero y casi llegando a Gonzalitos está el Universitario, y... — comenzó la chica a dar explicaciones apoyándose de señas.

— No soy de aquí, no conozco la ciudad, ¡por favor! — gimió Berenice.

— ¡Ah caray! Disculpa, yo de pendeja que no te ofrezco ayuda. A ver, este tipo se fue, y si agarró su coche, pues espero que no digan que nos lo robamos. Mira, vete para atrás con tu chavo, yo manejo, los llevo — dijo resuelta la chica.

— ¡Sí, gracias! Date prisa, te lo suplico —

La joven aceleró hasta llegar al hospital universitario, ahí bajaron en el área de urgencias; Berenice clamó ayuda, dijo que Rogelio estaba envenenado, pero sin dar más información. Rápido se acercaron a atenderlo, revisaron sus signos vitales, lo subieron a una camilla y lo llevaron al interior. Una enfermera le pidió a Berenice la signiera para dar los generales del joven, esto no la mortificó, habría de inventar algo.

Más tarde, un par de médicos se acercaron a Berenice para notificarle:

— Señorita Ramírez — Berenice recordó el apelativo del agente que los detuvo y se lo adjudicó para dar

datos generales—, su esposo está estable, pero guarda una extraña condición. De manera que todavía no podemos explicar, su sistema sanguíneo refleja un agente químico que actuó como veneno, estamos descifrando su composición, pero por alguna extraña causa, su marido ha resistido el efecto. Disculpe que lo mencione, pero debería estar muerto.

—Pero no lo está. ¿Puedo verlo? ¡Por favor! —

—Sí, claro. Síguenos por favor, sólo le pedimos que sea breve, necesita descansar pues le haremos otros análisis. —

En cuanto Berenice y Rogelio estuvieron solos, éste le pidió que lo sacara de ahí de inmediato; algo le decía que si permanecían en el lugar más tiempo serían vulnerados. Cuando Berenice le contó lo que habían dicho los médicos, Rogelio pensó que tal vez el dispositivo había obrado en su bienestar, de alguna manera haber tenido contacto con él lo protegió de esa amenaza. Quiso saber cómo habían llegado a ese hospital, entonces Berenice le contó lo que había pasado con el chofer fugitivo y la chica redentora; él sonrió cuando escuchaba la narración de la joven; ya no le preguntó cómo supieron que el Universitario era de los pocos nosocomios que contaban con inmunología para venenos, de animales y otros. Con cautela se retiró el catéter, la mascarilla de oxígeno, se reincorporó con ayuda de su acompañante, se colocó su saco, y se dispusieron a salir del lugar, en calma para no llamar la atención. Sólo un par de enfermeras intentaron detenerlos, observando el estado del joven, pero les dijeron que necesitaban tomar aire, pues el olor del hospital le había provocado intensa náusea, que no tardarían. Apenas salieron, se encontraron con aquella chica intrépida que los condujo:

— ¿Qué onda? ¿Qué les dijeron? Cuando se metieron, fui a dejar el taxi donde me los topé, así abierto con las llaves en la guantera, como si no lo hubieran agarrado cuando el chofer se fue, nomás limpié bien todo lo que agarramos. ¿Entonces? Ah, por cierto, me llamo Paola— extendiendo su mano de manera amigable.

—Fue sólo una intoxicación por algo que comió en mal estado, ya nos vamos. Te agradezco mucho Paola— dijo Berenice con serenidad al tiempo que estrechaba con suavidad la mano de la chica.

—Sí Paola, muchas gracias. Ahora debemos irnos— agregó Rogelio quien la saludó con un ademán.

—Yo los llevo, me está esperando el carro que me trajo, anden, para que se les facilite el traslado, los acompaño— señaló Paola con un entusiasmo que apenas podía disimular.

—Vale, pero no podemos llevarte a donde vamos Paola, es mejor que continuemos nuestro camino en solitario. Te agradecemos el traslado, debemos irnos ya. ¿Podrías indicarle al taxi a dónde vamos? No traemos celulares —

—Sí, está bien, no se apuren. Ojalá luego pudieran decirme cómo les fue, de verdad — alcanzó a esbozar la joven, quien se guardó la esperanza de volver a ver a Berenice, de quien quedó de inmediato enamorada.

Rogelio y Berenice abordaron el carro de alquiler, el destino era el de nuevo el hotel donde habían estado, Rogelio había dejado algunos documentos y dinero en efectivo escondidos, sería bueno tomarlos para moverse a otro lugar, quizá salir de la ciudad. Un estrepitoso trueno indicó que empezaría a caer un torrencial; en un parpadeo, Monterrey se convirtió en una sucursal de Venecia.

Cuando el vehículo se aproximaba al hotel, circulando por avenida Universidad, hacía los límites con San Nicolás, una camioneta les cerró el paso obligándolos a detenerse. De inmediato descendieron dos individuos ataviados en negro, quienes con tiro certero de pistola aniquilaron al conductor. Ante el sobresalto de Rogelio y Berenice, uno de los sujetos abrió la puerta del taxi y les indicó con señas que lo siguieran, ambos jóvenes se tomaron fuerte de la mano, bajaron para dirigirse a donde les indicaban, no sin antes mojarse por completo con la lluvia. Otro trueno hizo su contundente aparición al mismo tiempo que dos certeros disparos abatieron a los hombres de oscuro, mientras que la avenida lucía vacía. Por más que buscaron el origen del fuego, no lo encontraron; entonces Rogelio, que para este momento había recuperado algo de fuerza, retiró el cuerpo del conductor del taxi, para tomar el volante y emprender la huida junto con Berenice.

El malestar que lo había hecho desvanecer se presentó de nuevo, Rogelio detuvo la marcha; como pudo le indico a su compañera que lo ayudara a

bajar, ésta así lo hizo, cuando sintió que una suave mano también la auxiliaba. Se trataba de Paola, los había seguido, Rogelio alcanzó a verle el rostro, y en su cabeza empezó a preguntarse si ella... Pero no había tiempo, empezaba a desmoronarse, aunque alcanzó a decirles que faltaban un par de calles para llegar a su destino, que ya no continuaran a bordo del vehículo sino a pie. Entre las mujeres lo cargaron, Rogelio todavía alcanzaba a dar pasos, otras veces sólo arrastraba los pies, hasta que sintió que tuvo que caminar más cuando de reojo vio que Paola caía con un manchón rojo que le empezó a cubrir el pecho.

Rogelio y Berenice entraron al cuarto, él se tiró en la cama, no resistía más, ella cayó casi encima de él, sus zapatos rodaron al caer. La luz de los relámpagos iluminaba de manera caprichosa la habitación, los truenos y el sonido de las gruesas

gotas irrumpían su silencio. Por la escalera empezó a subir el sonido de unos pasos firmes, una presencia se posó frente a la entrada; la perilla giró, la puerta fue empujada, y lenta topó con la pared, al quedar abierta.

Rogelio no comprendía que estaba pasando, sentía que estaba vivo, pero no podía verse a sí mismo; percibía junto a él a Berenice, pero tampoco la distinguía. Así como las lágrimas se confunden con la lluvia, así sus existencias se confundían con algo más, que no alcanzaban a comprender. El tiempo determinaría si quizá después se reintegrarían en lo que antes eran, o quizá en algo que nunca habían sido...

FIN